



Las palabras desterradas

¿Existen palabras abolidas de los textos de determinados autores? Lea por qué los autores eluden (o no) ciertas palabras de sus textos literarios



Las palabras son la materia prima del escritor. Esa incierta cadena de vocablos va tejiéndose y creciendo para producir frases, ideas, teorías... A partir de ellas construye su particular visión del mundo que le circunda. Y ese mundo se llena con los temas a los que siempre recurre, con sus obsesiones, sus miedos, el color de las atmósferas en las que se siente a gusto. Pero todo este complejo universo nace de las palabras. Las predilectas y las abominadas. Es decir, las notas y los silencios. Y como el silencio es parte fundamental de la música, los vocablos eludidos, las palabras desterradas, ya sea por superstición, juicio ético, valoración estética o simple desprecio, ofrecen claves en torno a los principios (en ocasiones, no documentados) que rigen su

creación.

En el prólogo de su "Diccionario del argentino exquisito", Adolfo Bioy Casares menciona palabras al azar, halladas en el diccionario: "bobillo, blasmar, estique, estiván, latria, launa, marcola, mastagón, masticino, nuégado, opugnar, palabrimujer, pañizado, rucho, sucoso", para luego preguntarse: "¿Quién introducirá esas palabras en una página, no paródica, sin que se noten como escritas en tinta colorada? El senador Fulano de Tal, probablemente, si las descubre en este prólogo".

Acudimos a la opinión de siete autores venezolanos, de distintas generaciones y niveles de experiencia ante el oficio, para proponerles una reflexión en torno a la pregunta: ¿Cuáles son esas palabras que jamás emplearía en sus textos narrativos? ¿Por qué? Milagros Socorro, Rafael José Alfonso, Petruvska Simne, Teóduo López Meléndez, José Tomás Angola, Orlando Verde y Valentina Saa nos ofrecen a continuación sus respuestas.

La talentosa narradora y periodista **Milagros Socorro**, ofrece una larga e interesante disertación respecto al tema, ampliando el asunto no sólo a sus textos narrativos, sino también periodísticos. Socorro agrega a las palabras desterradas, una aguda reflexión sobre el uso del voseo.

Debo aclarar que son pocas las palabras que, de entrada, descarto; y en los últimos tiempos me he vuelto cada vez más libre —y afecta— a usar zulianismos y, más específicamente, perijanerismos, cuando son los primeros que se me vienen a la mente para expresar una idea o estado del alma. Tengo una lucha para no usar palabras de segunda opción, ésas que se buscan para sustituir las primeras que se te ocurren, por resultarte éstas rudas o demasiado de andar por casa. Sin embargo, hay, efectivamente, palabras que me chocan al leerlas y que nunca usaría.

Te las anoto según vaya recordándolas.

Fémina. Me resulta rlamida, inexpresiva y, no sé por qué, peyorativa. Prefiero, desde luego, escribir mujer, que no admite sinónimos.

Colocar (en vez de poner). Tengo tal rechazo por esta falsa sinonimia, que entro en sospecha inmediata frente al autor que se permite escribir "el vestido que se colocó", "se colocaron en contacto" o "las medicinas que le colocó el médico". No entiendo qué pasó con el muy preciso verbo poner, que en muy pocos casos puede ser sustituido con propiedad con el de colocar, referido a un cuerpo u objeto que se apoya o adosa sobre una superficie.

Hediondo, da. No sé si no las incluiría en mis textos, pero las evito porque me producen vergüenza.

Regla (por menstruación). No suelo ni siquiera decirla. Me resulta molesta. Me parece que le da un rodeo a lo que pretende aludir.

Falencia. No la sé usar. Además, me suena a nombre de flor, de aspecto siempre mustio, usada en jarabes medicinales.

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

sobre literatura

temas varios

nuestras firmas

reportajes

del arte de escribir

EDICIONES ESPECIALES

Adriano González L.
35 años de País Portátil

Eduardo Liendo
A 30 años del mago...

Voseo. Carezco de soltura para emplear el voseo en la escritura. Por alguna razón incomprensible, mi madre, que siempre voseó con mi padre, su marido y su gran interlocutor, nos reprimió, a mí y a mis hermanos el voseo al uso en Perijá, donde crecimos, por considerarlo, creo, ordinario. Mi padre aludía a mi hermano y a todos los hombres con los que interactuaba con el tratamiento de "vos" pero a mis hermanas y a mí, generalmente, con el de "tú". Con las personas más íntimas, incluido mi hijo, que ha crecido en Caracas y jamás vosea, suelo decir "vení", "¿quereis?", "sentate", "veis", "pensá" o "¿te fijais?"; y cuando hablo con un zuliano, automáticamente me vuelvo bilingüe, y digo: "cómo estáis?", esto, sin pensarlo, pero nunca comienzo una oración con el pronombre vos. Cuando escribo un diálogo entre hablantes de voseo, que, como sabes, se practica en toda nuestra América y está muy difundido por buena parte de Venezuela, se me arma un enredo. Además, el voseo del Zulia tiene la particularidad de ser diptongado (teneis, no tenés, como suele decirse en toda América y en algunas zonas venezolanas). e incluso triptongado: "¿tendriais la caridad de alcanzarme un vaso?", decía mi padre, un hablante del maracucho más profundo. Tal abundancia de vocales y ese tono como mayestático me resultan complicados.

El experimentado poeta y narrador, oriundo de Coro (otra región donde se practica el voseo), **Rafael José Alfonso**, licenciado en Letras Hispánicas y Magister en Literatura Contemporánea, basa su concisa disertación básicamente en el elemento sonoro, como si la textura de las palabras favorecieran o entorpecieran el feliz deslizamiento de las frases. En concreto, señala lo siguiente:

Algunas palabras me producen alergias; no soporto sus sonidos y me impiden desplazarme por la respiración de la página: apertura, paradigma, marusa, verija, sobaco, potencialidad, endógeno, facilitador, cachete, relativizar, remembranza, numen, besuqueo, bojote, mórbido, probó, calloso, gargajo, olleta, engurruñar, engatuzar, corroncho...

Otra hábil narradora y periodista, **Petruvska Simne**, compiladora de los títulos: "Periodistas en su tinta" y "Periodistas en la mira" editados recientemente por Alfadil y frecuente colaboradora del diario El Nacional, elabora una curiosa exposición sobre esas palabras inusuales que anotaba en un cuaderno.

Al lado de mi cama tengo un cuaderno doble raya, que utilizo para copiar, con disciplina escolar, esas palabras que a lo largo de las lecturas me han llamado de un modo u otro la atención. Las anoto con esmerada caligrafía, para no perderme entre trazos realizados con premura, o que indiquen algún error en la transcripción.

Cuando leo a algún autor nuevo para mí, un poeta, un ensayista o un narrador, me fijo con especial cuidado en las palabras que escoge para definir sentimientos, y para describir situaciones, y las subrayo con tinta roja que expresan mi asombro y admiración, pero sólo anoto aquellas que exhalan extraños significados o le dan un brillo especial a la narración o al poema.

A veces pienso que ese cuaderno es como un guardarropa, con vestidos elegantes, blusas sedosas y faldas vaporosas que guardo para vestir en momentos especiales, pero después de la pregunta de Héctor Torres para la página Ficción Breve Venezolana, cuando corrí a buscar ese cuaderno, que esconde, valga confesarlo de paso, algún recuerdo infantil indefinido para mí, me di cuenta de que lo que he hecho todos estos años es una lista de las palabras que jamás, ni nunca, utilizaría en algún texto. Voy a los ejemplos: Binza: película que tiene la cebolla por la parte exterior, simiente del tomate o del pimiento. ¿Dónde?, ¿en qué texto?, ¿en cuál descripción? podría insertar esa palabreja que lo que me traería sería un sinfín de problemas, porque inmediatamente después de escribirla me vería en la obligación de explicar su significado.

También me ocurre lo mismo con la palabra Inedia, que significa: falta de alimentación suficiente; o Heñir: sobar la masa con los puños; o Acanilladura: defecto de la tela; o Desatentado: turbado en el sentido. Es así que ese cuaderno doble raya sólo sirve para lo que siempre ha estado destinado: un sano ejercicio de caligrafía.

El novelista y editor **Teódulo López Meléndez**, quien dirige el sello Ala de cuervo, bajo

el cual salió su más reciente novela *El indeterminado de cabeza de bronce*, considera que lo que se aborrece es el significado de las palabras, no las palabras en sí. Para puntualizar tal afirmación, señala lo siguiente:

No aborrezco ninguna palabra ni dejaría de usar una jamás, al menos eso creo. El significante significa, valga la tautología, y generalmente lo que aborrecemos es el significado. Está, por ejemplo, la palabra dictador, una que me gustaría usar con menos frecuencia, pero que uso en abundancia en mi nueva novela ya en prensa (estoy dando la primicia a "Ficción Breve") y que se titula "En agonía", espero que la novela sobre estos tiempos tormentosos que mucha gente reclamaba.

Hay palabras que se hacen antipáticas, como "endógeno", pero no hay duda que la idiotez y el sin sentido tiene un profundo desarrollo endógeno. Los nombres propios también son palabras, Perogrullo, y uno que renunciaría a pronunciar es la de un viejecillo portugués arteriosclerótico a quien llamé de esta manera en un artículo para la revista "Lateral" de España.

Hay palabras pavorosas como "Cadena Nacional" y otras que se hacen, en frase, realmente insufribles, siendo una memorable aquella de "una salida pacífica, democrática, constitucional y electoral".

Hay expresiones insoportables, latiguillos las llaman, que usan las periodistas de la televisión, como "queremos que nos declare un poquito" o "estamos específicamente en..." o "esta es parte de la información que manejamos por los momentos"; sobre el particular el pasado día de elecciones locales escuché una perla en boca de una licenciada del Canal 8: "En estos momentos vemos como el Ministro Rodríguez Araque deposita el resultado de la votación".

En fin, hay palabras, solitarias y encadenadas en frase, repulsivas o detestables, pero que un escritor no puede dejar de usar, especialmente en estos tiempos venezolanos donde la cultura y el buen uso del idioma se han ido al infierno. A menos que se sea un intelectualillo cobardón, especie abundante —paradójicamente (¿?)— en estos tiempos de exterminio de especies.

Coincidiendo de alguna manera con López Meléndez, el ganador de la más reciente edición del Concurso de Cuentos de El Nacional, **José Tomás Angola**, quien trabaja con la palabra no sólo en las reposadas formas de la narrativa y la dramaturgia, sino que también se enfrenta al diario asunto de poner palabras en boca de personajes de telenovela, considera que es el significado lo que puede hacer aborrecibles a las palabras, advirtiendo, sin embargo, que un escritor no puede vedarse palabras, ya que éstas son "adorablemente amorales". A continuación sus argumentos:

¿Acaso un escritor puede rechazar alguna palabra? Quizá desprecie lo que ellas pueden significar en una arquitectura literaria particular, pero jamás me perjudicaría ante una palabra. Si nos ceñimos al significado etimológico de lengua —proveniente del bajo latín: *linguagium*—, llamamos lenguaje a la traducción del pensamiento en palabras. Por ello no puedo rechazar ninguna palabra por una simple consideración de mecanicismo estético. Todas están ahí para cumplir con el sagrado deber de representar algo. No hubo malcriadez en su gestación. Existen porque eran necesarias y alguien debía decirlas o escribirlas para que otro las leyera o las escuchara. En toda lengua viva, las palabras son cuerpos prodigiosos que nacen al calor del vulgo, se hacen adultas en las manos de los escritores, pero pueden morir si ese vulgo las olvida o no las usa. Y aún así existen arcaísmos que, guardados en celosos diccionarios, de improviso saltan y se apoderan de textos fundamentales. Incluso cuando las palabras las ahogamos con usos inapropiados como los idiotismos (célebre y aceptado es "de vez en cuando") o en expresiones que incurrir en la anfibología —oscuridad gramatical—, las hermosas palabras no tienen culpa de cómo son manipuladas en un escrito. Reitero lo del comienzo, hay palabras que estructuradas en una redacción se hacen despreciables, no por ellas sino por la idea que comunican. ¿No es despreciable el significado de "tortura", por ejemplo, o de "miedo" o "miseria"? Pero esas palabras no pueden ser las víctimas de nuestro desprecio, sino los hombres que por sus actos les dan el asqueante sentido que tienen. Las palabras mientras tanto gravitan en la pureza de ser adorablemente amorales.

El ganador del Concurso de la Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores, **Orlando Verde**, quien está radicado en Amberes (Bélgica), y tiene que convivir en un cotidiano salto del francés al alemán, y de éste al inglés, concuerda con Angola, al concluir que el autor es

sólo un mecanismo, y que los personajes deben usar todas las palabras (sea razonando o conversando) que requieran. Su posición es la siguiente:

Cada personaje (incluido el narrador de una historia) tiene un vocabulario que maneja y un montón de palabras que no utilizaría nunca, porque no las conoce, porque duda de su significado o porque las considera feas, vulgares, ridículas o fuera de sitio. Aún así, esos mismos personajes, en una situación en la que no se encuentran a sí mismos, podrían utilizar esas palabras, generalmente con consecuencias trágicas, pues de inmediato se le considera (en su universo) feo, vulgar, ridículo, desconocedor o fuera de sitio. Peor aún, el lo piensa de sí mismo y suda.

Ahora, si un personaje está dispuesto a pasar por ese infierno, ¿quienes somos nosotros para impedirlo? Es nuestra misión, por el contrario, permitirselo. Habrá personajes cuyo manejo del idioma sea incluso mejor que el nuestro y entonces habrá que investigar. Habrá personajes de dialecto y color local y entonces hay que ver de donde se saca eso.

La única restricción en la que creo (y aun hay gente que considera esa novela brillante) es evitar toda influencia de ese texto de Juan Manuel de Prada llamado La tempestad en el que el autor se nota tan preocupado por transmitir el resultado de sus investigaciones acerca de la pintura veneciana (y su impecable dominio de la lengua castellana) que termina por hacer hablar a la dueña de un hostel como una curadora e incluso a los policías como si fueran expertos de subasta. Hay que respetar al personaje. Un personaje quiere hablar como habla y pensar lo que piensa. Si un personaje piensa o dice "agüevoniao" y no "lelo" hay que escribir "agüevoniao" y no "lelo".

Y si la dueña de un hostel habla efectivamente como una curadora y el policía efectivamente tienen sus momentos de subasta, hay que permitirles ser, de tal manera que cuando digan que Giorgione esto y no aquello, no nos parezca que ese personaje es falso. Y para lograr eso hay un sinfín de posibilidades.

Nuestra última consultada, **Valentina Saa Carbonell**, guionista y narradora (con menciones especiales en este género en los concursos de cuento de Sacven y de Novela Erótica Letra Erecta), tampoco se permite restricciones en el uso de las palabras que reúne el diccionario. Al contrario, se queja de que éste ignora algunas palabras que a ella le parecen sonoras.

La verdad es que no encuentro palabras que aborrezca... si acaso revolución, porque se ha encochinado, pero no hay palabra que desprecie, más bien hay algunas, que he escuchado desde pequeña y que ningún diccionario me acepta "sigüí". Siempre escuché que un "sigüí" es una persona que sigue, sin condición, una de esas personas que adulan, a quien ostenta el poder...

Pero no usar palabras, no, qué va, cada una sirve y cuánto...